

La colección *Un libro por centavos*, iniciativa de la Decanatura Cultural de la Universidad Externado de Colombia, durante diecisiete años (2003-2020) ha divulgado a los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y promocionado los nuevos valores del género, en ediciones bellas y económicas, con tirajes entre 8.000 y 13.000 ejemplares por título, de distribución mensual y gratuita para los suscriptores de la revista *El Malpensante*. También se obsequia en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles, organizaciones gubernamentales y no gubernamentales y se encuentra en los catálogos de las universidades de Standford, Yale y Harvard.

Apogeo es el poemario n° 165 cuyo cuidado y selección para esta colección estuvo a cargo de la misma poeta, Gioconda Belli. Reconocemos a Schavelzon Graham Agencia Literaria la generosa y eficiente colaboración que nos brindó para la publicación de este poemario.

Cuidado y selección de
Gioconda Belli



N.º 165

Gioconda Belli

Apogeo

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
DECANATURA CULTURAL
2020

ISBN 978-958-790-325-6

© Gioconda Belli, 2020
© Universidad Externado de Colombia, 2020
Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia
Tel. (57 1) 342 0288
dextensionc@uexternado.edu.co
www.uexternado.edu.co

Primera edición
Marzo de 2020

Imagen de carátula
Mujer con abanico (1917-18), por Gustav Klimt,
pintura al óleo, Palacio Belvedere, Viena

Diseño de carátula y composición
Departamento de Publicaciones

Impresión y encuadernación
Editorial Nomos S.A.

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Consulte nuestros poemarios publicados durante 17 años en:
www.uexternado.edu.co/unlibroporcentavos

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Juan Carlos Henao
Rector

Miguel Méndez Camacho
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango
Coordinadora General

GUSTAV KLIMT* (Baumgarten, 1862-Alsergrund,1918). Pintor austriaco, simbolista, de la corriente Art Nouveau, uno de los representantes del movimiento modernista de la secesión vienesa. Hijo de Ernst Klimt, grabador de oro y Anna Finster, amante del canto. Desde la infancia tuvo inclinación artística. Fue gracias a su talento que en 1876, con catorce años, recibió una beca para estudiar en la Kunstgewerbeschule, la Escuela de Artes y Oficios de Viena, donde se formaría hasta 1883 como pintor y decorador de interiores. En 1888, Klimt recibió la Orden de Oro al Mérito de manos del Emperador Francisco José I de Austria por su trabajo en los murales del Burgtheater de Viena. Klimt mezclaba pan de oro en sus pinturas al óleo para crear lo que se convertiría en su estilo personal y muy característico. *El beso (Der Kuss)* de 1908, es su obra más famosa, mide 1.80 mts de alto por 1.80 mts de ancho. Esta obra se encuentra en Viena, en la Galería Belvedere.

* Fragmentos tomados de: <http://culturainquieta.com/es/arte/pintura/item/8539-15-curiosidades-sobre-el-beso-de-klimt.html>

CONTENIDO

- De noche, la esposa aclara [8], Mujer irredenta [11],
No me arrepiento de nada [13],
Luz de mi padre [16], Dolor de los espejos [19],
Sabor de vendimia [20], Los cuarenta [22],
Contradicciones [24],
La poeta se reúne con sus palabras [27],
Nostalgia [29], Consuelo para la temporalidad [31],
Receta de varón [33], Lazos [36],
Reclamos al creador [38], Poema del encuentro [41],
Máxima [43], Menopausia [44],
Culpas obsoletas [46], Nacimiento de Maryam [48],
El hombre y el universo [51], Te veo dormir [54],
Regreso a Nicaragua. Mi país sin vos [55],
Amor de frutas [58], Distancias y cercanías [59],
Sobre las ventajas de soñar [61],
Discreta cotidianidad [64],
Ideal del eterno masculino:
Machus erectus ad eternum [65],
Nueva teoría sobre el big bang [67],
Amor de peces [69],
América en el idioma de la memoria [70]

DE NOCHE, LA ESPOSA ACLARA

No.

No tengo las piernas de la Cindy Crawford.

No me he pasado la vida en pasarelas,
desfiles de modas, tostada bajo las luces de los
fotógrafos.

Mis piernas son anchas ya llegando a la cadera,
y a pesar de mis múltiples intentos
por ponerme trajes aeróbicos y tirarme en el suelo a
sudar, no logro que pierdan esa tendencia a ensan-
charse, como pilares que necesitaran jugoso sustento.

No.

No tengo la cintura de la Cindy Crawford

ni ese vientre perfecto, liso y ligeramente cóncavo,
con el ombligo deslumbrante en el centro.

Alguna vez lo tuve. Alguna vez presumí de esa región
de mi anatomía.

Fue antes de que naciera Camilo,
antes de que él decidiera apresurarse a nacer y
entrara al mundo de pie; antes de que la cesárea
me dejara cicatriz.

No.

No tengo los brazos de la Cindy Crawford, tostados,
torneados, cada músculo fortalecido con

el ejercicio indicado,
las pesas delicadamente balanceadas.

Mis brazos delgados no han desarrollado más musculatura que la necesaria para marcar estas teclas, cargar a mis hijos, cepillarme el pelo, gesticular discutiendo sobre el futuro, abrazar a los amigos.

No.

No tengo los pechos de la Cindy Crawford, anchos, redondos, copa B o C.

Los míos nunca han sido muy lucidores en los escotes, aun cuando mi madre me asegurara

-madre al fin-

que los pechos, así separados, eran los pechos griegos de la Venus de Milo.

¡Ah! Y la cara, la cara de la Cindy Crawford, ni se diga. Ese lunar en la comisura de la boca, las facciones tan en orden, los ojos grandes, el arco de las cejas, la nariz delicada.

Mi cara, por la costumbre, ha terminado por gustarme: los ojos de elefante, la nariz con sus ventanas de par en par, la boca respetable, después de todo sensual. Se salva el conjunto con la ayuda del pelo.

En este departamento sí puedo aventajar a la Cindy Crawford.

No sé si esto pueda servirte de consuelo.

Por último y como la más pesada evidencia, no tengo el trasero de la Cindy Crawford: pequeño, redondo, cada mitad exquisitamente delineada.

El mío es tenazmente grande, ancho, ánfora o tinaja, usted escoja. No hay manera de ocultarlo y lo más que puedo es no tenerle vergüenza, sacarle provecho para leer cómodamente sentada o ser escritora. Pero decime: ¿Cuántas veces has tenido a la Cindy Crawford a tus pies?

¿Cuántas veces te ha ofrecido, como yo,
ternura en la mañana,
besos en la nuca mientras dormís,
cosquillas, risas, el sorbete en la cama,
un poema de pronto, la idea para una aventura,
las premoniciones?
¿Qué experiencias te podría contar la Cindy Crawford que, remotamente, pudieran compararse con las mías, qué revoluciones, conspiraciones, hechos históricos, tiene ella en su haber?
Modestia aparte: ¿Será su cuerpo tan perfecto capaz de los desaforos del mío, brioso, gentil, conocedor de noches sin mañana, de mañanas sin noche, sabio explorador de todos los rincones de tu geografía?
Pensalo bien. Evaluá lo que te ofrezco.
Cerraré esa revista
y vení a la cama.

MUJER IRREDENTA

Hay quienes piensan
que he celebrado en exceso
los misterios del cuerpo
la piel y su aroma de fruta.

¡Calla, mujer! -me ordenan-
No nos aburras más con tu lujuria
Vete a la habitación Desnúdate
Haz lo que quieras
Pero calla
No lo pregones a los cuatro vientos.

Una mujer es frágil, leve, maternal;
en sus ojos los velos del pudor
la erigen en eterna vestal de todas las virtudes.
Una mujer que goza es un mar agitado donde
sólo es posible el naufragio.

Cállate. No hables más de vientres y humedades.
Era quizás aceptable que lo hicieras en la juventud.
Después de todo, en esa época, siempre hay lugar
para el desenfreno.

Pero ahora, cállate.

Ya pronto tendrás nietos. Ya no te sientan las pasiones.
No bien pierdes la carne su solidez debes doblar el alma
ir a la Iglesia
tejer esarpines
y pagar la mirada con el forzado decoro de la menopausia.

Me instalo hoy a escribir
para los Sumos Sacerdotes de la decencia
para los que, agotados los sucesivos argumentos,
nos recetan a las mujeres la vejez prematura la
solitaria tristeza
el espanto precoz a las arrugas.

¡Ah! Señores; no saben ustedes
cuánta delicia esconden los cuerpos otoñales
cuánta humedad, cuánto humus
cuánto fulgor de oro oculta el follaje del bosque
donde la tierra fértil
se ha nutrido de tiempo.

NO ME ARREPIENTO DE NADA

Desde la mujer que soy,
a veces me da por contemplar
aquellas que pude haber sido;
las mujeres primorosas,
hacendosas, buenas esposas,
dechado de virtudes, que
deseara mi madre.
No sé por qué
la vida entera he pasado
rebelándome contra ellas.
Odio sus amenazas en mi cuerpo.
La culpa que sus vidas impecables,
por extraño maleficio,
me inspiran.
Reniego de sus buenos oficios;
de los llantos a escondidas del esposo,
del pudor de su desnudez
bajo la planchada y almidonada
ropa interior.
Estas mujeres, sin embargo,
me miran desde el interior de los espejos,
levantan su dedo acusador
y, a veces, cedo a sus miradas de reproche
y quiero ganarme la aceptación universal,
ser la “niña buena”, la “mujer decente” la
Gioconda irreprochable. Sacarme diez en
conducta

con el partido, el estado, las amistades,
mi familia, mis hijos y todos los demás seres
que abundantes pueblan este mundo nuestro.

En esta contradicción inevitable
entre lo que debió haber sido y lo que es,
he librado numerosas batallas mortales,
batallas a mordiscos de ellas contra mí
-ellas habitando en mí
queriendo ser yo misma- Transgrediendo
maternos mandamientos, desgarró
adolorida y a trompicones a las mujeres
internas
que, desde la infancia, me retuercen los ojos
porque no quepo en el molde perfecto de sus sueños,
porque me atrevo a ser esta loca, falible, tierna y
vulnerable, que se enamora como alma en pena
de causas justas, hombres hermosos,
y palabras juguetonas.
Porque, de adulta, me atreví a vivir
la niñez vedada,
e hice el amor sobre escritorios
-en horas de oficina-
y rompí lazos inviolables
y me atreví a gozar
el cuerpo sano y sinuoso
con que los genes de todos mis ancestros
me dotaron.

No culpo a nadie. Más bien les agradezco los dones.
No me arrepiento de nada, como dijo la Edith Piaf.
Pero en los pozos oscuros en que me hundo, cuando,
en las mañanas, no más abrir los ojos, siento las
lágrimas pujando;
veo a esas otras mujeres esperando en el vestíbulo,
blandiendo condenas contra mi felicidad.
Impertérritas niñas buenas me circundan
y danzan sus canciones infantiles contra mí;
contra esta mujer
hecha y derecha,
plena.
Esta mujer de pechos en pecho
y caderas anchas
que, por mi madre y contra ella,
me gusta ser.

LUZ DE MI PADRE

Cuando yo era niña,
en los jardines crecían anchas y azules las milflores.
El mundo era un patio redondo y una fuente
pintada de rojo.

Era una cabaña de troncos con terraza y cocoteros,
frente al mar donde, todas las tardes,
el sol moría su muerte mítica
de astro zambullido en el océano.

Escucho voces en la distancia. Veo como si se tratara
de imágenes guardadas en celuloide, el rumor de las
vacaciones escolares;
el camión con los muebles llegando a puerto,
el dormitorio con los catres y los mosquiteros,
los hombres descargando camas, cocina,
refrigeradora el motor de diesel en la noche,
y tus brazos, papá, jalando la cuerda para encender la luz
tu brazo ancho y cubierto de suave vello negro.

*Veo tu perfil en el hospital
tu ceño agudo concentrándose en el retorno desde la
anestesia. Hace ya más de una hora que te trajeron de la
sala de operaciones y con ojos entreabiertos has sonreído
a mis ojos
que, desde la infancia, con la misma avidéz,
te contemplan, esperando que encendás el motor
Diesel que se haga la luz en la casa.*

Luego era la repartición de las camas y la algazara bajo los mosquiteros. Sólo tu figura recortada en la puerta, acallaba el bullir de nuestra alegría.

Era hora de dormir y debíamos fingir al menos el porte angelical de niños bien portados. En una de esas noches te sorprendiste insomne y me enseñaste el truco de la almohada, el abrazo de aquel cuerpo de trapo para sentirme segura y cálida en la cama.

Te llevaron a la sala de operaciones vestido de verde, tu cabeza sin posarse sobre la almohada, la enfermera empujando la camilla, haciendo bromas para aquietar los miedos.

Los viernes regresabas de Managua. Yo contaba las horas en la parte de atrás de la casa, esperando ver los faros del carro romper la oscuridad, los faros aproximándose en la carretera, la llegada del hombre que me abrazaba y me besaba, y en cuyo pecho todas mis inseguridades se deshacían en calor,

y en la actividad de bajar las bolsas
la comida
“Ya vino mi papá”
Con mi madre y mis hermanos,
ronda nocturna alrededor de la luz.
El sábado amanecía con ímpetu de día especial,
día de las grandes aventuras,
de esteros anchos, manglares y jornadas de
pesca así hasta el lunes,
hasta que te despedíamos en la mañana
temprana y la cola del automóvil se perdía
dejando una
polvareda de tristeza.

*Estás lejano en el sueño y apenas sin
saberte. Desde la silla donde espero
que despertés, un amor de ternura
filosa me atraviesa.*

Rasgos de hombre dormido,
en cuyo interior alguna vez durmiese yo,
te convoco en mil y un recuerdos infantiles.
Siempre con luz.
Siempre iluminando mi sombra.

DOLOR DE LOS ESPEJOS

No es sino con temor
que una mujer se aproxima
día a día hasta el espejo
y se tercia con la propia imagen.
Llega la hora de los hechizos
y las brujas.
Hora de los cosméticos y las abluciones,
la nostalgia ante las fotos luminosas de la
nada eterna juventud. Entonces uno se
pregunta
cuánto tiempo más durará la pasión,
el amor por las bicicletas
y los cuentos de amantes furtivos.
Uno se pregunta si el amor tendrá edad,
si el tiempo será tan implacable como los
espejos.

SABOR DE VENDIMIA

Recuerdo el terror de las primeras arrugas.

Pensar: Ahora sí. Ya me llegó la hora.

Las líneas de la risa marcadas sobre mi cara
aun en medio de la más absoluta seriedad.

Yo, frente al espejo,

intentando disolverlas con mis manos,
alisándome las mejillas, una y otra vez,
sin resultado.

Luego fue la mirada furtiva de mi reflejo en los escaparates
preguntarme si la luz del día las haría más evidentes,
si el que me observaba desde la otra acera
estaría censurando mi incapacidad de mantenerme joven,
incólume ante el paso del tiempo.

Viví esas primeras marcas de la edad
con la vergüenza de quien ha fallado.

Como una estudiante que reprueba el examen y
debe caminar por la calle
con las malas notas expuestas ante todos.

-Las mujeres nos sentimos culpables de envejecer,
como si pasada la juventud de la belleza, apenas
nos quedara qué ofrecer, y debiéramos hacer
mutis;

salir y dejar espacio a las jóvenes, a
los rostros y cuerpos inocentes que

aún no han cometido el pecado
de vivir más allá de los treinta o los cuarenta-

No sé cuándo dispuse rebelarme.
No aceptar que sólo se me concedieran como válidos
los diez o veinte años con piel de manzana;
sentirme orgullosa de las señales
de mi madurez.

Ahora,
gracias a estos razonamientos
cada vez me detengo menos
frente al espejo. Paso por alto
la aparición de
inevitables líneas
en el mapa de vida del rostro.

Después de todo,
el alma,
afortunadamente,
es como el vino.
Que me beba quien me ame,
que me saboree.

LOS CUARENTA

Recuerdo a mi madre despotricando
contra el pie de foto de un periódico en Managua:
“Anciana de 43 años, muere atropellada por un camión”.
No les bastaba con que hubiera sufrido la muerte –decía–
encima la insultaban tachándola –tan joven– de anciana.

Mi madre, por ese tiempo, tendría la misma edad
Y decía no sentirse vieja.
Yo la miraba con un poco de sospecha.
A los veinte, los cuarenta suenan remotos
y ciertamente a óxido y decrepitud;
¡cuánto engaño pueden encerrar los números!

Cuando me veo forzada a decir mi edad,
soy la primera que duda
que el número de años me corresponda.

Después de juventudes de angustia,
sé quién soy, lo que quiero
y el precio que estoy dispuesta a pagar por conseguirlo.

Me pregunto si, obligadas a temer el medio de la vida,
pasemos por alto el momento de equilibrio de la balanza:
el instante mágico
en que los astros de la vida se alinean
y, equidistantes el pasado y el futuro,
nos tornamos leves, aladas prestas
para danzar

tan sólo por el inefable placer de movernos y
saber que cada movimiento nos pertenece.

Se me ocurre que hay que correr la voz:
¡Mujeres cuarentonas, uníos!

Vámonos de nuevo al bosque y
a la luz de la luna
bailemos otra vez las danzas paganas
de las antiguas
y sabias
brujas.

CONTRADICCIONES

a las inolvidables mujeres del PIE

Afuera,
la noche agazapada,
aguarda como tigre
para saltar a través de la ventana.
En este recinto donde,
trabajosamente,
le arranco al aire las palabras,
me asombra el inesperado deseo de
un beso
 leve
 sobre la pierna.

No hay nadie aquí
Está mi cuerpo solo
mientras yo estoy con ellas:
las mujeres sin habla.
Esas que mis dedos escuchan,
esas que entran de noche
 con aliento de luna.

Mujeres de los siglos
me habitan:
Isadora bailando con la túnica.

Virginia Woolf en su cuarto propio.
Safo lanzándose desde la roca.
Medea. Fedra. Jane Eyre y mis
amigas,
espantando la decrepitud del tiempo,
escribiéndose a sí mismas
sacudiendo viejas sombras para alumbrar sus
perfiles y poderse ver al fin
despojadas de toda constricción.

Mujeres danzan a la luz de mi lámpara.
Se suben a las mesas. Dicen discursos incendiarios.
Me sitian con los sufrimientos. Las marcas del cuerpo.

El alumbramiento de los hijos.
El silencio de las olorosas cocinas.
Los efímeros, tensos, dormitorios.

Mujeres enormes.

Monumentos me circundan.

Dicen sus poemas. Cantan. Bailan.

Recuperan la voz.

Dicen: *“No pude estudiar latín. No pude escribir como Shakespeare.*

Nadie se apiadó de mi gusto por la música”.

George Sand: *“Tuve que disfrazarme de hombre.*

Escribí oculta en el nombre masculino”.

Y más allá, Jane Austen
acomodando las palabras de “*Orgullo y Prejuicio*”
en un cuaderno, en la sala común de la parroquia,
interrumpida innumerablemente por los visitantes.

Mujeres de los siglos,
adustas
envejecidas
tiernas

con los ojos brillantes descienden en mi entorno.

Ellas

perecederas
inmortales

parecieran gozar en sus cuerpos de gaza,
viendo mi cuarto propio,
el nítido legajo de papeles blancos,
el moderno compacto procesador,
los estantes de libros,
los gruesos diccionarios.

Yo miro de soslayo el armario con la ropa blanca,
mis suaves y femeninas prendas íntimas.
Noto la lista del mercado en la mesa de noche.

Siento el deseo aún
de un beso

leve

sobre la pierna.

LA POETA SE REÚNE CON SUS PALABRAS

En la tarde
intento el canto
desanudar la opresión en el pecho. Me
reúno con mis palabras acaloradas en
la sala de mi estudio minúsculo. El café
está servido.

Afuera el viento amenaza lluvia.

“Has vivido mucho estos días -rezonga una- Nos
andás amontonadas en la sangre, saltando las unas
sobre las otras, densas, innumerables,
robándonos las sílabas en el apretujamiento”.

“No aguantamos más -dice una palabra flaca
y malhumorada-
Necesitamos que nos saqués a una buena página blanca,
y que nos des aire fresco”.

“No sabemos por qué de pronto esta parquedad,
este silencio” -suspira la palabra Sonido, sonando
sus castañuelas,
mientras Rabia sacude la cabellera, sin apartarme la
mirada,
y Dolor da vueltas, afinando la punta de los lápices.

-He sufrido mucho -respondo- No sé cómo decirlas,
qué hacer para que no se mojen en un invierno desquiciado.
No quiero colocarlas mal.
Ponerlas de cualquier modo en una frase mal construida.
Me importan sus condiciones de vida.

Silencio.

Las palabras se miran alrededor de la mesa,
levantan cautas las tazas de café.

Sólo la palabra Tristeza mira a las demás con
expresión de auto-suficiencia.

Las palabras alegres se mueven incómodas,
amenazan con dejar la reunión.

Después de todo, dicen, no las voy a ocupar,
para qué tenerlas allí, perdiendo el tiempo.

Desorden aprovecha la oportunidad y
desarregla todas sus letras.

“¿Quién modera?” -clama Paciencia, sofocando
un largo bostezo.

Nadie modera -digo- Necesito dejarlas sueltas.

Estamos reunidas para compartir esta crisis, esta
desolación. La pérdida de los nombres, los
sentimientos inenominables.

Las reúno sólo para sentirlas. No puedo decir
lo inexplicable.

“Estamos desempleadas” -murmuran.

Se agitan penosamente imaginando largas tardes de
ocio en las bancas de cualquier parque.

Acompañenme -digo- Algo saldrá de todo esto.

Al menos la memoria de esta reunión:
una poética declaración de impotencia,
este modesto homenaje al desconcierto.

NOSTALGIA

Libros de mis soledades.
Páginas que cruzo cual estrella
sin encontrar sosiego
en el negro espacio de las palabras.
¿Será posible que tu cuerpo sustituya el Universo,
que tus testículos, redondos, mercuriales, surquen
la órbita de mis sueños, proveyéndome del único
sistema solar
y que tus ojos marquen los agujeros negros donde
toda mi luz desaparezca
atraída por la gravedad de este amor absoluto?
He dejado la Tierra de mis antepasados,
india tras el conquistador, malinche persiguiendo
cortesés,
soñando con la floración amarilla de árboles sonámbulos,
despertando en pesadillas como Llorona, apartada
de los volcanes
que mis pechos amamantaban tiernamente,
al lado de lagos límpidos
óvalos sutiles que sólo existen ahora en mi
memoria de lánguidas tiendas donde
envejece mi pueblo de tierra y cal,
mientras yo echo canas, echo brazos, echo
aullidos sordos,
en los días de cemento y cerezos en esta ciudad
donde no hay gravedad, ni centro, ni nada que me retenga,

sino tus pasos cruzando umbrales en la tarde;
tus pasos y tu corazón bombeando sangre en
músculos con los que me abrazas
y tratas de protegerme de la nostalgia que
poco a poco me consume
como un fuego sin luz prendido en mis pulmones.

¿Con qué artilugio, sortilegio, encantamiento,
retienes esta piel errante que se desgarras de
amor y clama trópico? ¿Con qué leña aromática,
qué sales, qué incienso encenderás en el
invierno
cuando los árboles se marchen y emigren las hojas
en caravana de oro hacia regiones amables? ¡Ay,
amado! ¡Si sólo supieras el estruendo
de mi lomo arqueado de flechas en esta tarde
de nostalgia! ¡Si sólo supieras las muertes que
muero a diario para posar mi cabeza sobre tu
hombro!

CONSUELO PARA LA TEMPORALIDAD

Somos como las plantas: Nuestra piel es hoja y nervadura de pasiones hermosas que bailan sin cesar.

Somos danza y danzar en el viento es potestad de nuestras piernas sin raíces. Todo cambia y nada permanece.

En el otoño, el follaje se desprende amarillo; llueve oro en el atardecer. No habría vida sin muerte.

No seríamos cuanto somos si la conciencia no guardara experiencias ajenas que misteriosamente se aposentan en el aire interior cuya esencia desconocemos.

Y, sin embargo, así como Blake dijo:

“La eternidad está enamorada de la fabricación
del tiempo”,

es inevitable enamorarse de la creación y sentir el dolor de no ser inmortales.

¡Ven!

Abandona el rencor por lo incomprensible.

Porque la vida se alimenta de la vida, hemos de arder en la pira funeraria sin perecer.

Cantos y mitos nos sobrevivirán,

como sobrevive el árbol
que talado y yerto me sirve de apoyo
para escribir esta reflexión.
La experiencia de la vida es la pasión de beberla
hasta la embriaguez.
Amar, cantar; decir versos hermosos
y luego
dormir.

RECETA DE VARÓN

*Parafraseando a Vinicius de Moraes
que nos dejó su "Receta de mujer"*

No importa si no es hermoso
-la fealdad en el hombre
puede despertar ciertos atávicos instintos femeninos-
pero es esencial que el pecho sea acogedor
y que los brazos ofrezcan la promesa
de abrazos apretados y tiernos. Vello
en el cuerpo o no, es cuestión de
gustos.

Personalmente los prefiero
tapizados,
con espacios de sombras oscuras
suaves al tacto,
y capaces de llenar el olfato con
el olor del día a flor de piel.
La cintura que se defina, por favor;
que no le sobre, ni le falte,
que no acuse el descuido del dueño,
más que en ciertas épocas permisibles
donde unas libritas de más,
son sólo testimonio de amables libaciones.

Las manos son definitivas:
deben saber sostener la cabeza de la mujer
con el celo con que el marinero le escatima al
viento la única lámpara de aceite en medio de la

tormenta; ser ágiles como pájaros o cabras de monte, capaces de la forja del hierro, la lágrima, y de esculpir los intrincados artesonados del placer. Las piernas también son importantes pero les perdonamos las torceduras, lo tosco, las imperfecciones, si al encontrarnos con la boca vemos una sonrisa en la que poder confiar y unos ojos que nos aseguren la mañana. La espalda masculina debe ser extensa como una pradera por donde puedan pasearse los búfalos y los heliotropos, y es fundamental que en las caderas se alcen dos colinas inequívocas, sólidas, que se nos queden prendidas a la memoria cuando el hombre se vuelva para marcharse, alejándose en la noche. La voz que resuene con vibraciones de bajo pero que sepa modular la tensa y dulce melancolía del acordeón, lamentando el fin de la luna en la ventana.

El hombre, al fin,
ese mítico animal
que reinventa siglo tras siglo
las quimeras que pueblan las obsesiones femeninas,
habrá de conservar,
-perdida la absoluta hegemonía-
todas aquellas cosas
galantes, fuertes, acogedoras, que,
a pesar de todos los pesares, lo
mantienen sólidamente anclado, en
el profundo, incansable mar, de las
hembras.

LAZOS

para Adriana, mi hija

¿Cómo puede alguien
que apenas sabe pronunciar
unas cuantas palabras
arar un camino tan hondo
y entrar a saco
por cuanta ranura hay abierta
en mi invisible palpitante centro?

A diario, niña,
acumulo tu amor
como avaro guardando
expectantes tesoros.
Tu cuerpo menudo y caliente
entre mis brazos
me lleva tan cerca de la felicidad que,
temiendo semejante abundancia,
tesusurro mi dicha como un largo secreto clandestino.

No sé por qué
en las noches cuando te sostengo
hasta que cerrás las alas
resignándote a la oscuridad y el sueño,
siento que, contrario a las apariencias,

me tiraste una cuerda de plata en un naufragio
y es mi cordón umbilical
el que ahora descansa en tus pequeñas manos,
como si, hija mía, fuera yo también hija de esos
profundos ojos
que un día sabiamente
soltaron hacia mí
sus relucientes anclas.

Hija de mi esperanza,
diminuta mujer
sobreviviente,
no sé qué hay en vos
que cierra y da sentido
a los círculos misteriosos de mi vida,
sólo sé que cuando la flecha de la tuya
giraba buscando espacio en el espacio,
agua y sed se encontraron
y ahora henos aquí madre y
pequeña niña apretadas, envueltas,
enlazadas, como si jamás
hubiésemos existido apartadas la
una de la otra.

RECLAMOS AL CREADOR

¿Cuánto tiempo
después de la luz?
¿Cuánto tiempo después del cielo y la tierra? ¿Cuánto
tiempo después de todo cuánto pudo existir existió
la conciencia?
¿Te la sacaste de pronto de la manga
como asombroso prestidigitador?
¿Miraste cuanto habías creado
y en la ronda errante tus ojos se posaron sobre nosotros
y decidiste experimentar?
¿Así me supe yo?
¿Así te intuí sin nunca poder tener la certeza?
¿Así supe que tendría fin
puesto que había tenido principio?

Pudo haber sido en el bus del colegio,
o en el automóvil yendo con mi madre o mi padre,
-viajaba en un vehículo; lo recuerdo claramente-
cuando, no sé por qué, empecé a pensar que el
hecho de ser yo era irreversible.
No. No me podía cambiar por Berta o Carmen. No
podía vivir en sus vidas, tener sus padres, vivir en
sus casas.

Yo era un ente particular. Y nadie podía vivir en mi vida;
sentir por mí, intercambiarse conmigo.

Yo existía sola dentro de mi uniforme de colegio,
dentro de mis rodillas con cascarones.

Llegué a mi cuarto y me acosté en la cama
con la cabeza colgando

–me gustaba imaginar el mundo patas arriba,
un mundo al revés donde la boca estaba
en la frente

y los ojos a la altura de la boca:

Mi padre al revés.

Mi madre al revés.

La habitación al revés.

Y yo, sola, sobre la cama,
habitando un cuerpo mío para siempre;
un cuerpo y una mente que no podía sustituir y
donde nadie más que yo podía habitar.

Para mí fue el ser y después la conciencia.

El colegio de La Asunción, el bus,

ser una colegiala,

la segunda en la lista elaborada en orden alfabético.

La primera era mi amiga Marisa Álvarez.

Mi amiga aparte de mí. Su vida, otra. Otros sus padres.

Otra su casa.

Por primera vez me di cuenta

que estaba sola; mi mente confinada a un solo cuerpo.

Mi mente sabiéndose sola.

Los científicos te buscan.

Te buscan los telescopios danzando minúsculos
entre los astros.

¿Dónde estás? ¿Dónde estás vos, el Origen?
¿Desde dónde salen las ondas de radio
que guardan el eco distante del primer momento?
¿Quién nos puede informar? ¿Cómo nos informamos?
Fue como si en un viaje
nos abandonararas en un asteroide azul
y te olvidararas de dejarnos la bitácora
las cartas de navegación
el nombre del lugar de destino.

Sí, decimos, planeta hermoso es, sin duda, esta
Tierra pero después, ¿Qué hay después de la Tierra?

¿Hacia dónde conduce la muerte?
¿Por qué darnos conciencia de la incertidumbre?
¿Por qué la habilidad para conocernos finitos
y rebelarnos?
Podrías, cuando nos creaste, haber incorporado
la aceptación;
-un mecanismo sutil en el ADN-
que nos hiciera la muerte menos incomprensible,
que nos relevara del misterio y la angustia.
No esta simple conciencia de saber que nada sabemos.

Y todavía nos atrevemos a creernos
hechos a tu imagen y semejanza.
Los hijos ignorantes, ciegos, del Omnisciente.

POEMA DEL ENCUENTRO

En el silencio interior,
la felicidad enciende lámparas en el pasadizo de las tardes.
Reposo como la reina de discos del Tarot
que con su alto sombrero medieval se
reclina de espaldas mirando el oasis y
contempla sin orgullo o modestia
los frutos de sus largos y numerosos trabajos,
sabiendo que no hay triunfo eterno,
pero tampoco eterna desolación.

Allí están las fuentes
donde el agua oficia las fluidas ceremonias de la vida.
Puedo ver el árbol solo en la distancia,
pero también el bosque umbroso
donde retozan los unicornios.
Después de soledades y sin sentidos
gozo jardines de helechos sensuales y
un lecho blando y terso
donde los sueños se multiplican.
Abro mi casa de ventanas redondas
y escucho la íntima historia de batallas, triunfos y
derrotas -mieles y hieles de esta efímera experiencia
que es la vida-
Recuerdo entonces cómo desesperé
-aún hoy a veces olvido lo aprendido-
insomne noche tras noche, atónita ante
el tiempo,

el principio, el fin,
las razones de este pasaje grávido,
la amenaza de la futilidad.
Acumulé libros y mapas para encontrar la voz,
la historia de los astros,
la verdad de los mitos,
la obsesión de Ícaro.
Preferí las alas
a la mordacidad o la conveniencia.
Ángeles y monstruos me mostraron
sus caras igualmente fascinantes.
Me fue dado saber que nadie más que yo
podía penetrar las antesalas húmedas de la
propia conciencia y
ascender antes de la asfixia con la rama verde,
el sabor de la clorofila en el paladar.
Tanto anduve para encontrarme no
más que conmigo misma,
con el Universo reflejado en mis facciones
de premeditada imperfección.
Supe al fin que el aire de las euforias secretas
vive asomado a mi propio rostro,
tiene el calor de mi plexo solar.

La esencia de ser es multitudinaria
y en su multiplicidad
contiene mi nombre.

MÁXIMA

a Sofía Montenegro

En verdad, en verdad les digo:
No hay nada más poderoso en el mundo
que una mujer.
Por eso nos persiguen.

MENOPAUSIA

Hasta ahora,
las mujeres del mundo la han sobrevivido.
Sería por estoicismo
o porque nadie les concediera entonces
el derecho a quejarse que nuestras
abuelas
llegaron a la vejez
mustias de cuerpo
pero fuertes de alma.
En cambio ahora
se escriben tratados
y, desde los treinta,
empieza el sufrimiento,
el presentimiento de la catástrofe.

El cuerpo es mucho más que las hormonas.
Menopáusica o no,
una mujer sigue siendo una mujer;
mucho más que una fábrica de humores
o de óvulos.
Perder la regla no es perder la medida,
ni las facultades;
no es para meterse cual caracol
en una concha
y echarse a morir.

Si hay depresión,
no será nada nuevo;
cada sangre menstrual ha traído sus lágrimas
y su dosis irracional de rabia.
No hay pues ninguna razón
para sentirse devaluada.
Tirá los tampones,
las toallas sanitarias.
Hacé una hoguera con ellas en el patio de tu casa.
Desnudate.
Bailá la danza ritual de la madurez.
Y sobreviví
como sobreviviremos todas.

CULPAS OBSOLETAS

Un momento de soledad
de paz
y la tarde es mía.
Me puedo sentar a leer
sin sentirme culpable.
Sin pensar que debía salir
a comprar el líquido para desmanchar las alfombras o
bajar a jugar con la niña.

¿Cómo será, me pregunto,
no sentir incesantemente
que uno debería ocupar varios espacios al mismo tiempo?
No pensar, mientras se tumba uno con un libro,
que se debería estar haciendo otra cosa.
Asumir, como hacen los hombres,
la importancia del tiempo
que dedicamos al propio enriquecimiento.

Las mujeres
tenazmente sentimos
que le estamos robando tiempo a alguien.
Que quizás en ese preciso instante
se nos requiere
y no se cuenta con nosotros.

Precisamos
todo un entrenamiento
para no borrarlos, minimizarnos,
constantemente.

¡Ah! ¡Mujeres, compañeras mías!
¿Cuándo nos convenceremos de
que fue sabio el gesto de
extenderle a Adán
la manzana?

NACIMIENTO DE MARYAM

*para vos, mi niña, mi mujer, mi
pájara.*

El recuerdo huele a noche de Managua.
La brisa moviendo las hojas de los mangos.
Las paredes verdes del Hospital.
El doctor Abaunza sentado en una mecedora
con su impecable bata blanca almidonada y sus
gruesos bigotes.
(Me bastaba verle las manos para sentirme segura).
Yo, en la cama,
oyendo las voces de tus abuelos a lo lejos
desde el mundo donde sólo existíamos tu
cuerpo, mi cuerpo
y las leyes de la creación
separándonos.

Diecinueve años tenía tu madre.
“Tan jovencita”, dijo la enfermera,
mientras yo me sentía antigua.
(No hay momento de más sabiduría que el parto:
el rito milenario de la especie hace una a todas
las mujeres).
Cada uno de mis músculos sabía su oficio.
Sordamente hacían su labor los huesos.

Se abrían los pasajes.
Cada dolor partía la carne
y era soportable tan sólo por la promesa final:
el rostro pequeño al otro lado del túnel;
el abrazo al final de la carrera.
Fueron doce horas de arduo trabajo:
mi cuerpo empujándote hacia el mundo,
tu cabeza abriéndose paso hacia la madrugada.

Eran las dos de la mañana
cuando me pasaron a la camilla.
A través de corredores oscuros
-láminas cuadradas en el techo
luces de neón pálidas-
entramos a la sala de operaciones.
Por fin, la bendita anestesia.
Ya sin dolor, tuve que contener la risa:
El ayudante del médico, bajito, subido
sobre un par de gradas
me apretaba la barriga. “Empujá, empujá”,
“Ya viene, ya viene”.

Hasta que llegaste,
hasta que, a distancia, te vi cabeza abajo
cubierta de sebo y sangre, llorando. “Es
una niña”, dijo el Doctor Abaunza.
Afuera, sobre el marco de la puerta de la sala de
operaciones en el Hospital Bautista,

encendían una luz para anunciar al padre y la familia
el sexo del recién nacido.

Pensé en la luz roja iluminándose.

Hace ya veintisiete años de aquello,
pero la memoria me devuelve minuciosa cada detalle:
Te tuve en mis brazos tanto tiempo
que tu cabeza aún blanda tomó la forma de mi brazo
y me espanté y lloré creyendo haberte hecho daño.

Todavía me pasa.

Todavía me espanto y lloro
cuando pienso que te he causado dolor.

El parto apenas comienza cuando se nace.
Todavía y quizás para siempre estaremos
pariéndonos a empujones. Viajando por la
vida con la nostalgia de habernos separado,
amando la cueva oscura,
el silencio fluido, amniótico, de la
más íntima cercanía,
pero también la luz, el aire,
la existencia distinta de la una y la otra.

El misterio de la vida nos acerca y nos aleja
pero el amor es más grande que todas las contradicciones.

EL HOMBRE Y EL UNIVERSO

Dejamos el espacio iluminado
donde hemos conversado con los amigos.
Es hora de dormir.
Ya se guardaron las sillas y los vasos.
Las parejas se retiraron a acariciarse la mutua soledad.

“Vení” -decís-
Y me tomás la mano.
Salimos a la playa oscura
donde el cielo despliega el universo,
el Cosmos nítido y clarísimo
 la mancha blancuzca de la Vía Láctea
 la diagonal Cruz del Sur.
Astros tiemblan en el viento.
Jamás viera yo noche más abierta.
Tan definidos los continentes del cielo,
las constelaciones rutilantes.
Las enormes incógnitas del infinito
pendiendo en el aire delgado de la
profunda
 luminosa
 tiniebla.

Sobre las rocas.
Vos y yo.

Un hombre y una mujer.
Vemos desprenderse las estrellas,
el chisporroteo fugaz de los meteoros.
Pedir un deseo resultaría trivial.

Contemplo solamente el misterio
expuesto allí
a boca de jarro.

Me inclino para tocar
la fosforescencia del agua.

Hace frío
y de pronto,
veo que te ponés de pie sobre la piedra,
adivino el gesto conocido. Sonríó al
escuchar
ruido de manantial sobre la arena.

En un instante
la inmensidad reduce sus contornos,
lo infinito del cosmos,
lo ignoto, la danza de los astros
se torna familiar y acogedora.

A través de tus piernas
el arco de líquido ámbar
no es menos que la curva espacial
que surcan los astros errantes.

Estamos sin duda aquí.
Somos parte de cuánta belleza.
Con todo derecho
te orinás frente al universo.

TE VEO DORMIR

Te veo dormir
y desde mi plexo solar
una luna de agua
encrespa su ola suave
sobre mi torso de noche acurrucada.
Te toco para arrullarte como madre.
Veo tu espalda fuerte como amante.
Sonrío quedamente como hermana.
Tantas mujeres hay en mí.
Y en cada una de ellas
se te ama.

REGRESO A NICARAGUA. MI PAÍS SIN VOS

Domingo. Tres y veinte de la tarde.
El sonido de los buses en la calle,
arrastrando las carrocerías. Las loras
en el patio
repitiendo nombres familiares.
El cielo nublado,
disimulando el calor de marzo.

Mi país sin vos.
La siesta sola. Y los recuerdos tuyos.
Recuerdos recientes,
pero que tienen un aire a recuerdos viejos,
como si vos hubieras sido un muchacho bello
de mis correrías de adolescente,
el extranjero que me enamoró en un país lejano
del que he vuelto hace mucho,
a vivir domingos largos como este,
con el libro sobre las piernas,
y los ojos que se cierran de sueño y calor, y
por cuyas rendijas asoma tu rostro, tu pelo
negro ensortijado,
tu perfil de italiano galante,
la camisa blanca abierta en el pecho,
los pantalones caqui.

El tiempo no es el mismo en todas partes.
Sus pasos no tienen la misma longitud.
Me voy, vuelvo,
y aquí el tiempo apenas sí ha transcurrido.

O quizás la manera fácil con que puedo acomodarme
a sus pasos,
me engaña.
Pero este domingo ya lo he vivido también.
Como si mi vida se hubiera bifurcado
(mi vida, no yo)
y me hubieran sido dados los domingos de los
barcos de vela en la Bahía de Santa Mónica y
estos de aquí,
estos de siestas interminables
y el aire pesado con que se mueven los buses,
transportando paseantes.
Sólo que en uno de esos domingos
está tu perfil,
tus manos, la camisa blanca abierta,
el pantalón caqui,
y en el otro estoy sola, recordándote,
como si hubieses existido antes, en
otro tiempo,
o como que le hubieras sucedido a alguien que conozco,

alguien muy cercano a mí,
pero no a mí,
a esa otra que vive su tiempo en Los Ángeles, y
que sueña ser
una mujer en Nicaragua,
oyendo las loras,
el ruido de los buses en la calle,
a las tres y veinte de la tarde,
en un domingo caliente de marzo.

AMOR DE FRUTAS

Dejame rodar manzanas en tu sexo,
néctares de mango,
carne de fresas:

Tu cuerpo son todas las frutas.

Te abrazo y corren las mandarinas.
Te beso y las uvas sueltan
el vino oculto de su corazón
sobre mi boca.

Mi lengua siente en tus brazos
el zumo dulce de las naranjas.
Y en tus piernas el promegranate
esconde sus semillas incitantes.

Dejame que coseche los frutos de agua
que sudan en tus poros.

¡Mi hombre de limones y duraznos!
Dame a beber fuentes de melocotones y bananos,
racimos de cerezas.

Tu cuerpo es el paraíso perdido
Del que
nunca jamás
ningún Dios
podrá expulsarme.

DISTANCIAS Y CERCANÍAS

a Camilo, en su adolescencia

En la prehistoria de mi vida,
mucho antes de que mi padre, o mi madre,
fueran semilla en el vientre de sus antepasados,
estas praderas de Wyoming, estas colinas,

fueron fondo de océano, refugio de peces.
Mi hijo Camilo, a caballo,
me ilustra sobre este hecho:
“Ves aquellas mesas -señala-
El agua las hizo hace cientos de miles de años”.
Su cuerpo es alto, delgado,
y el sol alumbra su pelo rojo.
Parece un ángel posado sobre la montura.
Me deja atrás, alzándose sobre los estribos.
Es nervioso, mejor jinete
y todavía no conoce el miedo.
Cuando delante de él
hablo del temor a enfermarme o morir me
observa con incomprensión y censura,
como miran los hijos a los padres desde un
tiempo demasiado nuevo
donde la vida es aún como esta pradera de Wyoming
-lejano el horizonte; una vasta extensión abierta
hacia el infinito-.
Descendemos del promontorio
atravesando pinares y grandes formaciones rocosas.

El camino es una pendiente brusca
y él se vuelve para cerciorarse de que aún estoy
sobre la montura,
riéndose sus ojos, burlándose solapados de mi torpeza,
de mi cuerpo que busca el balance sobre la silla,
mientras él, gallardo y seguro, maneja las riendas
con destreza y hasta se atreve a espolear al animal
cuesta abajo.

¿Desde cuándo, me pregunto, venimos él, o yo,
en esta carrera de relevos,
afirmándonos frente a los que nos precedieron,
constantemente comprobando su debilidad y
nuestra fuerza,
un poco crueles, desafiantes, en nuestra juventud?
Regresamos y me siento otra vez a escribir,
mientras él sale equipado con su mochila
a explorar las montañas
o pescar en las pozas quietas del río
que baja desde quién sabe qué alturas de las Big Horn.

Al retornar entra con ímpetu a la habitación
mientras yo le pido silencio.
“Vení -me dice con urgencia desatendiéndome- Vení.
Tenés que ver esto”.
Resignada, lo sigo hasta la puerta de la terraza.

Cruzo el umbral hacia el atardecer. La cresta de pinares y riscos lejanos, exhala a bocanadas la cálida, roja, memoria de aquel día. Cielo y tierra se tocan y despiden en el largo pasillo circular, púrpura y rosa del crepúsculo. En lo alto del arco, el ojo vigilante de la oscuridad asoman las primeras estrellas. Se anuncia la noche, solemne y primigenia, del Oeste. Mi hijo sonrío y me pasa el brazo por los hombros. Sonrío a mi vez. Íntimamente le agradezco el gesto. Pienso cómo en su afán de alejarse se aloja también el callado deseo de estar cerca.

SOBRE LAS VENTAJAS DE SOÑAR

Soñar no cuesta nada.

Contrario a cuanto ejercicio hoy se nos recomienda, no requiere de zapatos, ni ropa adecuada. No nos pide sudar o quemar calorías. Ni calcular el posible daño o provecho para nuestra salud.

No es tampoco un hábito cuya repetición pueda conducirnos a cáncer del pulmón o de cualquier otra parte del cuerpo.

Soñar no daña la ecología, ni atenta contra la capa de ozono.

No aumenta el colesterol, ni fomenta la crueldad contra los animales.

Soñar no afecta los reflejos, ni causa daños congénitos.

No es dañino para las mujeres embarazadas, ni inhibe la lactancia materna. Soñar es un deporte barato.

No requiere de equipo sofisticado, ni de constante y agotador entrenamiento.

No se puede decir sin embargo, que no cause riesgos al corazón. Sin embargo, hasta el momento,

no se ha encontrado base científica para
contraindicar los sueños,
aunque los argumentos en favor de su extinción
se fabrican a diario.

Yo sostengo que soñar continúa siendo
una práctica subversiva,
con una deliciosa, pero lícita, peligrosidad;
un hábito difícil de erradicar, cuya ternura y
perseverancia
sigue teniendo la innata capacidad de conmover y
abrir ranuras, por pequeñas que sean,
en corazas bien armadas y aparentemente impenetrables.

Si quiere practicar una actividad de bajo costo, bajo
riesgo, y sin ninguna susceptibilidad a las altas
y bajas del mercado,
le aconsejo soñar,
y no permitir que nadie lo convenza
de que no sigue usted siendo dueño, al menos,
del inmenso poder de su imaginación.

DISCRETA COTIDIANIDAD

¡Ah! Quién diría mirándonos hoy
mientras nos ocupamos de una cosa u otra; mien-
tras abotonas tu camisa frente al espejo
y yo hago la cama
metiendo el borde de la sábana debajo del colchón,
que anoche estuvimos desnudos
sin rastro de esta compostura con que nos mira el mundo.
Quién diría que nos despeinamos sobre la almohada
que gemimos y ondulamos como serpientes con los
dientes sucios de la manzana del
Árbol de la Vida.

Hablas de lo que tienes que hacer
de los oficios que en la ciudad te llaman.
Yo levanto la ropa y termino de vestirme.
La cama ya está hecha. El cobertor en su sitio.
Los cojines.
Las cortinas corridas y el sol.
Guardamos en secreto nuestra lujuria,
igual que todos.
Yo, igual que todas las que hoy escribirán en sus oficinas
y atenderán a sus niños o impartirán la clase,
preguntándose si son aún las mismas que al caer la
noche
se entregaron al desenfreno.

**IDEAL DEL ETERNO MASCULINO:
MACHUS ERECTUS AD ETERNUM**

*a Francisco de Asís Fernández,
en respuesta a su "Eterno Femenino"*

Que las cálidas tardes,
las cervezas con los amigos,
los repetidos jolgorios nocturnos
no le hagan perder la cintura
abultándole desmesuradamente la barriga.

Que no le salga tonsura en la cabeza
y tenga que ocultarlo cruzando el cabello
de un lado al otro.

Que de tanto mirar y buscar el "Eterno Femenino"
no se le desgaje la piel debajo de los ojos,
dándole aspecto de viejo libidinoso,
espiando a Susana en su baño solitario.

Sobre todo, que su tótem majestuoso,
no empiece a padecer súbitamente de pereza
y se niegue a obedecer la mente, rehusándose
erguirse cuando se le comanda, o venciéndose
demasiado pronto cuando aún la gozosa
intemporal
no ha llegado siquiera al medio del camino.

En fin, que recio de carnes, viril y erecto, mantenga
siempre la pose del discóbolo desnudo
aprestándose para el lanzamiento: la fría, irreal y
eterna belleza
de las estatuas.

NUEVA TEORÍA SOBRE EL BIG BANG

*(derivación traviesa del "CánticoCósmico"
de Ernesto Cardenal)*

El Big Bang fue el orgasmo primigenio.
Orgasmo de los Dioses amándose en la Nada.
Cada vez que te amo repito la Génesis Universal.
Protones y neutrones,
neutrinos y fotones
saltan de mí
 encendidos
a crear nuevos mundos.
Centellas y meteoros
surgen con cada grito.

Te amo mientras mis pulmones
crean la Vía Láctea de nuevo y el
Sol vuelve a nacer
 redondo y amarillo
de mi boca.
La luna se me suelta de los dedos.

Marte, Plutón, Neptuno,
Saturno y sus anillos.
Novas y supernovas,
los agujeros negros
 se desgajan de mis contorsiones.

Soy Gaia. Soy todas las Diosas explotando.
Entre luz de centellas
tu cohete de fuego
prende mis luces todas.

Brotan mundos, cometas,
meteoros se hacen trizas.
Lluvias de estrellas danzan en el arco del éter.
Nace por fin la Tierra. Sus edades de magma
y cataclismo.
La primera partícula de vida moviéndose en el agua.

Y luego es el silencio.
La materia expandiéndose en círculos.
Tus soles y mis soles se asientan en su espacio.
Es el frío. La grandeza del tiempo.
La eternidad. El color.
Los sonidos. La estética.
El amor insondable. Tu amor tierno.
Tus manos en mi frente.
Las campanas a lo lejos,
bing, bang, bing, bang, bing, bang,
BIG BANG.

AMOR DE PECES

Nuestros cuerpos de peces
se deslizan uno al lado del otro.
Tu piel acuática nada en el sueño junto a la mía
y brillan tus escamas en la luz lunar
que se filtra por la rendija.
Seres traslúcidos flotamos
en el agua de nuestros alientos confundidos.
Atrapamos oxígeno y calor
en el refugio de blancas anchas algas
donde nos protegemos contra el frío.
Súbitamente,
en las nocturnas corrientes
nos encontramos
-peces resbaladizos de grandes ojos abiertos-
Nadamos furtivamente soñolientos
reconociendo rocas, dulces concavidades.

Después de larga lenta danza
en la pereza-pecera de la madrugada,
despertamos mamíferos,
abandonamos el agua.

Le doy gracias a Darwin,
cuando me despojo
de las impenetrables
extremidades de sirena.

AMÉRICA EN EL IDIOMA DE LA MEMORIA

I

He oído la lengua de mis antepasados en sueños.
He visto sus figuras en habitaciones confusas, que sólo puedo nombrar con el habla ajena de quienes para siempre la confinaron a la región de las sombras. No entiendo sus palabras,
pero en los sueños se alargan como palmeras, brillan como las plumas del Quetzal.
¿Cómo habrán sido los mercados en Tenochtitlán, el pregón de los vendedores de penachos de papagayo, la voz de la mujer ofreciendo quequisques o yuca, la sombría voz del vendedor de papas? ¿Con qué palabras sonando a río o aguacero, se declararían el amor el héroe del juego de pelota y la muchacha dulce con las cestas de jipijapa?
Las palabras de los pueblos se parecen a sus montañas y a sus lagos,
se parecen a sus árboles, a sus animales.
¿Cómo sería la lengua que hablaría de los ceibos y los jaguares,
de la luna incandescente y ecuatorial, de los volcanes erectos?
He oído la lengua de mis antepasados en sueños.
En habitaciones confusas que sólo puedo describir con la lengua del despojo.

II

Ocultamos nuestros Dioses,
nuestros mitos,
bajo la púrpura vestidura de sus santos.
Recreamos su idioma.
Lo rehicimos nuestro,
le hicimos decir la lluvia torrencial, y
el dulce ulular de la quena, la altura
de los Andes,
y la selva impenetrable del Amazonas.
Nos cambiamos los nombres para sobrevivir,
pero el mundo lo nombramos
con códigos y códigos que aún ahora son indescifrables.
Nos quisieron cambiar de piel,
pero untamos de cacao sus genes
para engendrar el chocolate claro
y el chocolate quemado: hombres
y mujeres de chocolate poblando
de nuevo el Continente del Trueno
y la Desolación.
Reconstruimos nuestras ciudades magníficas
México, Buenos Aires, Lima, Río
y guardamos en lo más hondo de nuestras tinajas
la sabiduría de nuestra memoria avasallada.

III

No triunfamos.
Éramos inocentes y hablábamos a la Tierra con respeto,
como huéspedes, no como Señores.

Sacrificábamos la Vida al Sol
ellos, en cambio, se la ofrecían al oro,
que no hace más que imitarlo.
La Tierra era nuestra cómplice. La
honrábamos, la celebrábamos.
Ellos no amaban la Tierra,
la despojaban como si les perteneciera,
igual que nos despojaron a nosotros
como si también les perteneciéramos.
Nos obligaron a usar sus palabras
a vestirnos con sus ropas. Nos
obligaron a adorar al Dios
que ellos mismos habían crucificado. Ni
siquiera de la culpa que sentían por
su muerte nos eximieron
diciéndonos que también había muerto por nosotros
y que teníamos que pagar con nuestras vidas
el pecado de no conocerlo.

IV

He oído la lengua de mis antepasados
en sueños.
En sueños he escuchado sus gritos.
El crujir de sus genitales,
el dolor de los partos mestizos,
de los hijos de las violaciones.
Ya no pudimos nombrar a los niños
con nombres de flores, de cactus, de árboles
de constelaciones.

Aprendimos a contar el tiempo con sus medidas y
llamamos a los días con sus nombres extraños.

V

¿Quiénes somos?
¿Quiénes son estos hombres, estas mujeres sin lengua,
escarnecidos por su color,
por sus pieles, sus plumas y sus adornos?

Para que no leyéramos más que sus códices,
quemaron los nuestros en altas piras incendiarias.
Nuestra historia, nuestra poesía, los anales de
nuestros pueblos
nos llenaron de humo los cuencos de los ojos,
nos llenaron de lágrimas las entrañas. Ardieron
los amates pintados cuidadosamente
por los escribas.

Ardieron las historias que nos hacían ser lo que éramos.
¡Cómo aullaban los viejos en las plazas,
viendo arder los nombres de sus padres en el fuego!
¡Ah! ¡Noche larga, noche triste de las cenizas! ¡Noche
en que nos quedamos sin manos, sin lengua,
desmemoriados!

VI

La Tierra nos salvó, la sangre, el color de las frutas,
el vahído del viento en los desfiladeros de Machu Pichu.
Se apropiaron de todo pero la Tierra nos seguía cantando,

las Cataratas del Iguazú, el Titicaca, el Orinoco, la Pampa, Atitlán, Momotombo, Tikal, Copán.

La Tierra conocía el toque de nuestras manos:

Los volcanes nos hablaban; los ríos nos lavaban las lágrimas, la selva nos escondió.

A ellos los acababa la nostalgia.

El oro les cobraba su precio. Se mataban entre sí.

Se hundían sus barcos. Sus hijos los desconocían.

En los vientres de nuestras mujeres se fueron extinguiendo.

Sus genes hirvieron en el cacao

y no se reconocieron en sus descendientes.

VII

He oído la lengua de mis antepasados, en sueños.

En sueños he escuchado sus risas.

Paciente la paciencia,

la resistencia.

Siglos de silencio, de espera.

El tiempo fluido haciendo espirales, subiendo

desde los desiertos de la Patagonia, cruzando

los Andes, las cordilleras, el trópico húmedo, las

praderas de los búfalos.

El hombre de las grandes ciudades destruye su mundo.

El hambre, la violencia, cava túneles bajo sus pies,

socava los cimientos de los ídolos forasteros.

Los ojos de América aguardan el retorno de

Quetzalcóatl -la serpiente emplumada-.

He oído la lengua de mis antepasados en sueños.

Sueños que nunca duermen.

GIOCONDA BELLI. Poeta y novelista nicaragüense, desde muy joven participó en el movimiento revolucionario que derrocó a Anastasio Somoza en 1979. Ocupó posiciones importantes en el gobierno y en el partido Sandinista, del que se separó en 1993.

Ha sido galardonada con varios e importantes premios internacionales en narrativa. En poesía ha recibido: en 1978, Premio Casa de las Américas, Cuba, por su poemario *Línea de Fuego*; Premio Generación del 27 y Premio Ciudad de Melilla en España.

Gioconda Belli es reconocida como gran narradora, entre sus obras encontramos: *La Mujer Habitada* (1988), *Sofía de los Presagios* (1990), *Waslala* (1996), *El Pergamino de la Seducción* (2005), *El Infinito en la Palma de la Mano* (2008), *El País de las Mujeres* (2010), *El intenso calor de la luna* (2015) y, *Las fiebres de la memoria* (2018). Un libro de ensayos: *Rebeliones y Revelaciones* (2017); *El País bajo mi piel* (2001), una memoria de sus años revolucionarios. *El Ojo de la Mujer* y *Escándalo de Miel*, dos antologías de poesía; *El Taller de las Mariposas*, uno de sus cuatro cuentos para niños más conocido. Ha sido traducida a múltiples idiomas.

En 2018 recibió el Premio Hermann Kesten del PEN Alemán y el Premio Oxfam-Novib PEN en La Haya, en reconocimiento de su trabajo por la libertad de prensa y en defensa de los derechos humanos y los de la mujer. Es presidente de PEN Internacional, capítulo Nicaragua; miembro de la Real Academia de la Lengua de Nicaragua y Caballero de las Artes y las Letras de Francia.

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Alvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Album de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López

46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de erratas. Antología*, José Manuel Arango
48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Oscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apūshana, Hugo Jamioy
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob
77. *Los días del paraíso*, Augusto Pinilla
78. *Una palabra brilla en mitad de la noche*, Catalina González Restrepo
79. *El tiempo que me escribe. Antología*, Affonso Romano de Sant'Anna
80. *Poemas infantiles y otros poemas*, Rafael Pombo
81. *Trazo en sesgo la noche*, Luisa Fernanda Trujillo Amaya
82. *Reposo del Guerrero*, Eduardo Langagne
83. *Todo nos llega tarde*, Julio Flórez
84. *El pastor nocturno*, Felipe García Quintero
85. *Piel de naufrago*, Xavier Oquendo Troncoso
86. *Yo me pregunto si la noche lenta*, Juan Pablo Roa Delgado
87. *Soledad llena de humo*, Juan Carlos Bayona Vargas
88. *Antes de despertar*, Víctor López Rache
89. *Péndulo de arena*, Carlos Fajardo Fajardo
90. *¿Dónde quedó lo que yo anduve?*, Marco Antonio Campos

91. *Somos las horas. Antología poética*, Abelardo Leal
92. *Dos patrias tengo yo*, José Martí
93. *Visibles ademanas. Antología*, Eugenia Sánchez Nieto (Yuyin)
94. *Los días son dioses*, Robinson Quintero Ossa
95. *Oscura música*, Amparo Osorio
96. *Como acabados de salir del diluvio*, Horacio Benavides
97. *Como se inclina la hierba*, Manuel Iván Urbina Santafé
98. *En la memoria me confundo*, Claramercedes Arango M.
99. *Poemas para leer en el bus*, Rubén Darío Lotero
100. *Memoria del olvido*, Manuel Mejía Vallejo
101. *Vivo sin vivir en mí*, San Juan de la Cruz
102. *Soledades. Antología*, Antonio Machado
103. *La risa del saxo y otros poemas*, Fernando Linero
104. *Poesías*, Guillermo Valencia
105. *Me duele una mujer en todo el cuerpo I*, Antología femenina
106. *Me duele una mujer en todo el cuerpo II*, Antología femenina
107. *¿Cómo era, Dios mío, cómo era?*, Juan Ramón Jiménez
108. *Mordedura de tiempo*, María Angeles Pérez López
109. *Poemas escogidos*, Rafael Maya
110. *Rimas escogidas*, Gustavo Adolfo Bécquer
111. *Con los que viajo, sueño. Antología (1978-2003)*, Víctor Gaviria
112. *Que muero porque no muero*, Santa Teresa de Jesús
113. *Festejar la ausencia. Antología*, Beatriz Vanegas Athías
114. *Polvo serán, mas polvo enamorado. Antología poética*, Francisco de Quevedo
115. *Antología poética*, Carlos Arturo Torres
116. *Poner bellezas en mi entendimiento*, Sor Juana Inés de la Cruz
117. *Poesía Afro Colombiana 1849-1989*
118. *En un pastoral albergue. Antología poética*, Luis de Góngora
119. *Casa paterna. Antología poética 2003-2015*, Fátima Vélez Giraldo
120. *Antología poética de Nicolás Pinzón Warlosten y Santiago Pérez*
121. *Del dolor y la alegría*, Emilio Coco
122. *De acá y de allá. Antología*, Jesús Munárriz
123. *El gran amor. Poemas*, Cicerón Flórez Moya
124. *De noche un pájaro*, Miguel Andrés Tejada Sánchez
125. *Verde que te quiero verde. Antología poética*, Federico García Lorca
126. *Animal de oscuros apetitos. Antología personal*, Nelson Romero Guzmán
127. *Memoria lírica*, Eduardo Castillo
128. *Partículas. Antología*, Mauricio Guzmán
129. *Estoy en lo más profundo del abismo. Antología poética*, Jean-Arthur Rimbaud
130. *...Y el arroyuelo azul en la cabeza. Antología*, Eduardo Carranza
131. *Yo en el fondo del mar...*, Alfonsina Storni
132. *Mi corazón se desató en el viento. Antología*, Pablo Neruda
133. *El humo de la noche rodea mi casa*, Henry Alexander Gómez
134. *Romances del Río de Enero y otros poemas*, Alfonso Reyes
135. *Arde Babel*, Camila Charry Noriega

136. *Para llegar a este silencio*, Santiago Espinosa
137. *Cantos sueltos*, Giacomo Leopardi
138. *Una forma de orgullo. Antología*, Luis García Montero
139. *El amor se parece mucho a la tortura*, Charles Baudelaire
140. *El libro blanco de los muertos*, Alvaro Miranda
141. *El mundo por dentro. Antología*, Carlos Castro Saavedra
142. *Destino. Antología*, Jorge Galán
143. *La hierba abre su latido. Antología*, Yenny León
144. *¡Imaginate...! Antología*, Basilio Rodríguez Cañada
145. *Sonetos*, William Shakespeare
146. *Imagen (in)completa*, Carolina Dávila
147. *Desastre lento*, Tania Ganitsky
148. *Polifonías Dispersas*, Carolina Bustos Beltrán
149. *Cae sobre mí una sombra. Antología*, Diana Carolina Sánchez Pinzón
150. *Poesía colombiana para niños. Antología*
151. *La casa. Antología*, Sandra Uribe Pérez
152. *Soy el cantor de esta verde tierra. Antología*, Darío Samper
153. *El beso. Antología*, Jorge Valencia Jaramillo
154. *La canción del fuego. Antología personal*, Amparo Romero Vásquez
155. *Poesías*, Miguel de Cervantes
156. *Patria de naufragos*, Irene Selser
157. *Mi mano busca en el vacío. Antología poética*, Pablo Montoya
158. *Luz de invierno. Antología personal*, Jorge Eliécer Ordóñez
159. *En mi flor me he escondido*, Emily Dickinson
160. *He escrito todo mi desamparo*, Hellman Pardo
161. *Viento voluble en medio del agua. Antología*, Gustavo Ibarra Merlano
162. *¡Salve, fecunda zona! Antología poética*, Andrés Bello
163. *Delirios del amor divino. Antología*, Sor Josefa de Castillo y Guevara
164. *El universo es la patria*, Emilia Ayarza
164. *Apogeo*, Gioconda Belli



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en marzo de 2020

Se compuso en caracteres
Goudy Old Style de 11 puntos
y se imprimió
sobre papel bulky de 60 gramos,
con un tiraje de
8.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem